

Creo que alguien nos llama... escuchad.

(Otra campanada.)

No, es que dan horas.

(Una tercera campanada.)

DIDIER

Sí, el reloj.

(Cuarta campanada.)

SAVERNY

En la capilla.

(Cuatro más.)

DIDIER

De todos modos es una voz que nos llama, hermano.

SAVERNY

¡Falta una hora todavía!...

(Apoya sus codos en la mesa de piedra y la cabeza en sus manos. Relevo de alabarderos.)

DIDIER

Amigo mío, guardaos bien de vacilar ó tropezar en el dintel que franquearemos juntos. Es baja la puerta del sepulcro que nos prepara un verdugo y nadie puede pasar con la cabeza sobre sus hombros. Vayamos con paso firme en busca del supremo golpe; que el cadalso tiemble y no temblemos nosotros. DeSean nuestra cabeza; para cumplir con el verdugo, que ha de recogerla, presentémosela bien alta.

(Se aproxima á SAVERNY inmóvil.)

¡Valor!

(Le toma un brazo y advierte que duerme.)

¡Duerme!... Yo trataba de infundirle valor. ¡Y duermel! ¿Qué son mis ánimos al lado de los suyos?

(Se sienta.)

¡Duerme, tú que puedes dormir! Pronto llegará la hora de dormir yo también. ¡Oh, si por lo menos muere todo! ¡Si no me sobrevive el corazón para odiar desde la tumba lo que ha amado demasiado!

(La noche ha caído por completo. Mientras DIDIER se va sepultando en sus pensamientos, entran por la brecha del fondo MARIÓN y el carcelero. El carcelero la precede con una linterna sorda y un paquete. Deja el paquete y la linterna en el suelo. Luego avanza con precaución hacia MARIÓN, que ha permanecido en el dintel, pálida, inmóvil y enagenada.)

ESCENA SEXTA

Los mismos; MARIÓN y EL CARCELERO

EL CARCELERO, á MARIÓN

Sobre todo salid antes de la hora convenida.

(Se aleja. Durante todo el resto de la escena continúa paseándose por el fondo.)

MARIÓN, avanza vacilante y como ensimismada en un pensamiento de desesperación. De vez en cuando se pasa la mano por la frente, como si tratara de borrar de ella alguna cosa.

¡Su labio era una brasa y me ha dejado toda señalada!

(De repente, en la sombra, ve á DIDIER, da á un grito, corre, se precipita y cae á sus plantas.)

¡Didier, Didier, Didier!

DIDIER, como despertando de un sueño, con sobresalto

¡Ella aquí! ¡Dios mío!

(Friamente.)

¿Sois vos?

MARIÓN

¿Quién quieres que sea? ¡Oh, déjame á tus pies! Estoy bien así. ¡Tus manos, tus manos queridas! ¡Dámelas! ¡Cómo las han martirizado! ¿Con las cadenas... verdad? ¡Desgraciado! Ya estoy yo aquí. ¿Me ves?... ¡Pero... es horrible!

(Llora. Se la oye sollozar.)

DIDIER

¿Por qué lloráis?

MARIÓN

No. ¿Lloraba? No; es que río.

(Ríe.)

Vamos á huir ahora mismo. Y estoy contenta, río; todo ha pasado ya.

(Vuelve á desplomarse sobre las rodillas de DIDIER y llora.)

¡Oh, todo esto me mata y no puedo más!

DIDIER

Señora...

MARIÓN, se levanta sin oírle y va á buscar el lío; se lo entrega á DIDIER

Aprovechemos el tiempo. Ponte este disfraz. He ganado á los guardas. Podemos salir de la cárcel sin ser vistos. Tomaremos una calle, al final de ese muro. Richelieu va á venir para presenciar la ejecución de sus órdenes. No perdamos ni un minuto. El cañón hará salvas cuando llegue. Y todo se habrá perdido si no logramos huir antes.

DIDIER

Está bien.

MARIÓN

¡Aprisa! ¡Sí, es él; él mismo! ¡Y va á salvarse! ¡Háblame, Didier; háblame, te adoro!

DIDIER

¿Decís que á la vuelta del muro hay una calle?

MARIÓN

Sí, la he visto. Es un camino seguro. Yo he mirado cerrar la última ventana. Encontraremos tal vez algunas mujeres; pero os tomarán por alguien que va de paso. Cuando estemos lejos, ¡pronto, disfrazaos!, nos reiremos los dos de verte con estas ropas extrañas. ¡Aprisa!

DIDIER, rechazando el disfraz con el pie

No hay prisa de nada.

MARIÓN

Sí, que la muerte está á dos pasos. ¡Huyamos, Didier! Soy yo quien viene á buscaros.

DIDIER

¿Para qué?

MARIÓN

Para salvaros. ¿Y me lo preguntáis? ¿A qué viene ese tono frío?

DIDIER, con sonrisa triste

Alguna vez los hombres somos insensatos; ya lo sabéis.

MARIÓN

¡Ven! ¡Pronto, apremia el tiempo! Los caballos nos esperan. Después me dirás todo lo que quieras, pero ahora huyamos.

DIDIER

¿Qué hace allí aquel hombre?

MARIÓN

Es el carcelero. Lo he ganado también. ¿Dudáis de estas gentes? Tenéis el aire extraño.

DIDIER

No es nada. ¡Es tan frecuente la traición!

MARIÓN

¡Oh, ven! ¡Si supieras! A cada instante me parece escuchar el rumor de la turba. ¡Oh, démonos prisa en escapar; te lo ruego de rodillas!

DIDIER, señalando á SAVERNY, que duerme

¿Por cuál de los dos venís, señora?

MARIÓN, vacilando un instante, luego aparte

Saverny es generoso y no me habrá vendido.

(Alto.)

¿Así habla Didier á su amada? ¿Qué tenéis contra mí, Didier mío?

DIDIER

Veamos. Levantad la cabeza y miradme.

(MARIÓN, temblorosa, clava sus ojos en los de DIDIER.)

Sí, el parecido es exacto.

MARIÓN

¡Didier, te adoro; pero huyamos!

DIDIER

¿Queréis mirarme otra vez?

(La contempla fijamente.)

MARIÓN, aterrorizada bajo las miradas de DIDIER. Aparte

¡Dios mío! ¿Descubrirá las recientes caricias?

(Alto.)

Escuchadme, Didier. Vos me ocultáis algo. Es necesario decírmelo todo. Ya sabéis, en ocasiones se piensa mal y luego nos arrepentimos cuando por un secreto escondido sobreviene una desgracia. En otro tiempo me declarabais todos vuestros pensamientos. ¿Se habrá acabado aquella confianza? ¿No me amáis ya? ¿Os acordáis de Blois? ¿De mi casita, de mi cuarto? ¿Cómo nos olvidábamos del mundo en aquella profunda paz! Pero vos alguna vez parecíais inquieto. Yo pensaba: ¡Tal vez alguien le espía! ¡Tiempos felices! Todo ha cambiado. ¡Alma mía! ¡Cuántas veces me habéis dicho con palabras de fuego que yo era vuestro amor, que tenía vuestros secretos, que haría de vos lo que quisiera! Bien sabéis que no me he pasado nunca; que he sido sumisa, que he obedecido siempre vuestras órdenes. Hoy os toca ceder á vos. Se trata de vuestra vida. ¡Ah! ¡Vivo ó muerto, he de seguir siempre! ¡Partiéndolo con vos, todo me es dulce, la fuga ó el cadalso!... ¿Por qué me rechazáis? Dejadme vuestra mano. ¿Qué trabajo os cuesta? Mi pobre frente no es un trabajo excesivo para vuestras rodillas... Como he corrido para venir, estoy muy fatigada. ¡Ay! ¿Qué dirían, si me viesen llorando aquí, los que en otro tiempo me conocieron risueña y alegre? ¿Tienes algo que reprocharme? Dímelo. ¡Mira como sufre á tus pies la pobre desdichada! ¡Oh! ¡No poder obtener ni una sola palabra vuestra! ¡Matadme, por lo menos! No, no; se han secado mis ojos y quiero sonreír y quiero que tú rías, y si no ríes no te querré. Bastante tiempo he sido lo que tú has querido, ahora obedece tú; tu alma se ha hecho dura

entre los hierros. ¡Habla, veamos; habla, llámame María!...

DIDIER

¿María ó Marión?

MARIÓN, cayendo al suelo horrorizada

¡Didier, tened piedad!

DIDIER, con voz terrible

Señora, entrar aquí no es fácil. Las prisiones del Estado están día y noche vigiladas; las puertas son de hierro y los muros tienen veinte codos. Para que la prisión se os haya abierto, ¿á quién os habéis entregado?

MARIÓN

Didier, ¿quién os ha dicho?...

DIDIER

Nadie. Lo adivino.

MARIÓN

Didier, ¡juro al cielo que ha sido por salvaros, por arrancaros de aquí, por ganar á vuestros verdugos! ¡Por salvaros!

DIDIER

Gracias.

(Cruzando los brazos.)

Cuando la falta de pudor y la flaqueza de alma llegan á este punto, es vergonzoso, señora.

(Recorre la terraza á grandes pasos con gritos de furor reconcentrado.)

¿Dónde está el mercader de oprobio y de miseria que se vende á tal precio mi cabeza? ¿Dónde está el car-

celero, el juez, el hombre, en fin? Que pueda yo despedazarle como...

(Va á romper el retrato entre sus manos, pero se detiene y prosigue enajenado.)

¡El juez! ¡Haced leyes y juzgad! ¿Qué me importa á mí, si para inclinar vuestra balanza no buscáis otro peso que la cabeza de un hombre ó el honor de una mujer?

(A MARIÓN.)

¡Vuelve á reunirse con él!

MARIÓN

¡Oh! ¡No me tratéis así! Sacudida por vuestros desprecios, tiemblo; una palabra más, Didier, y caigo muerta. ¡Ah! ¡Si alguna vez en el mundo hubo amor verdadero y ardiente, si hombre alguno fué adorado entre los hombres, Didier, ese sois vos por mí!

DIDIER

¡Ah, callaos! Yo habría podido—para mi condenación—nacer mujer; yo habría podido, como otra cualquiera, ser infame y vil, darme por un puñado de oro y ofrecer mi seno desnudo al primer venido para que durmiera una hora en él; pero si alguna vez se hubiera acercado á mí un hombre honrado, enamorado de un amor imbécil; si por ventura hubiera encontrado en mi camino un corazón todavía lleno de ilusiones; antes que callarme, antes que hacerle buena cara, antes que no decirle «soy esto», antes que ser pérfida y antes que valerme con hipocresía de la casual pureza de mis ojos, habría preferido abrirme la fosa con las uñas.

MARIÓN

¡Oh!

DIDIER

¡Cómo os reiríais si os pudierais ver tal cual os había formado mi corazón! ¡Qué mentiroso espejo! Habéis hecho bien en romperlo. Eráis allí cándida, casta y pura... ¡Oh, mujer! ¿Qué te había hecho yo para herirme así?

(Presentándole su retrato.)

A propósito, ya es hora de devolveros esta dulce prenda de vuestro cariño.

MARIÓN, volviéndose por no verlo

¡Dios mío!

DIDIER

¿No lo habríais hecho pintar expresamente para mí?

(Ríe y violentamente arroja al suelo el medallón.)

MARIÓN, jadeante

¿Quién tendrá la piedad de matarme después?

EL CARCELERO

Va á dar la hora.

MARIÓN

¡Oh, el tiempo corre! Didier, no tengo derecho á decir os una sola palabra; no soy más que una mujer á la que no se debe nada; vos me habéis rechazado y maldito; está bien; yo no merezco más que odio y desprecio, y vos sois todavía demasiado bueno y mi alma herida os bendice; pero ha llegado el momento fatal. ¡Huid! El verdugo se acuerda de vos, que le olvidáis. Todo está dispuesto; podéis fugaros... Escucha, no me rechaces. ¡Tú sabes lo que me cuesta! Hiéreme, déjame en el oprobio en que estoy, pişotéame, pasa por encima de mí, pero huye.

DIDIER

¿Huir? De nada tengo que huir en el mundo más que de ti, y de ti huyo, porque la tumba es profunda.

EL CARCELERO

Pasa el tiempo.

MARIÓN

¡Ven, huye!

DIDIER

No puedo.

MARIÓN

¡Piedad!

DIDIER

¿Por qué?

MARIÓN

¡Verte así! ¡Ver que te atan! ¡No, no puedo pensarlo sin morir! ¡Oh, por Dios! ¡Ven, ven! ¿Quieres que sea tu sierva? ¿Quieres tomarme, expiados mis crímenes, para tener algo que pisotear todos los días? La que en los tiempos de prueba dignabas llamar esposa...

DIDIER

¡Esposa!

(Se oye el cañón á lo lejos.)

Ya llega entonces el que ha de haceros viuda.

MARIÓN

¡Didier!

EL CARCELERO

¡La hora ha pasado!

(Un ruido de tambores. Entra el consejero acompañado de penitentes llevando antorchas, y del verdugo; le siguen soldados y gente del pueblo.)

MARIÓN

¡Ah!

ESCENA SÉPTIMA

Los mismos, EL CONSEJERO, EL VERDUGO, pueblo
y soldados

EL CONSEJERO

Señores, estoy pronto.

MARIÓN, á DIDIER

¿No te había dicho que llegaría el verdugo?

DIDIER, al consejero

Nosotros también estamos prontos.

EL CONSEJERO

¿Quién es el nombrado marqués de Saverny?

(DIDIER lo señala. Al verdugo.)

Despertadle.

EL VERDUGO, sacudiéndole

¡Está dormido!... ¡Eh, monseñor!

SAVERNY, frotándose los ojos

¡Cómo! ¿Venís á arrancarme de mi dulce sueño?

DIDIER

No hacen más que interrumpirlo.

SAVERNY, medio dormido, viendo á MARIÓN y saludándola
Es casual; justamente soñaba con vos, señora.

EL CONSEJERO

¿Habéis recomendado bien vuestra alma á Dios?

SAVERNY

Con todo encarecimiento.

EL CONSEJERO, presentándole un pergamino

Está bien. Tened la bondad de firmarme este
papel.

SAVERNY, tomándolo en sus manos y recorriéndolo con la vista

Es el proceso verbal. Tendrá gracia el relato de
nuestra muerte firmado de nuestro puño.

(Firma y relee el papel. Al escribano.)

Señor, habéis hecho tres faltas de ortografía.

(Vuelve á mojar la pluma y las corrige. Al verdugo.)

Ya que me has despertado, vuélveme á dormir.

EL CONSEJERO, á DIDIER

¿Didier?

(DIDIER avanza un paso. Le da la pluma el consejero.)

Vuestra firma aquí.

MARIÓN, escondiéndose los ojos

¡Dios mío! No puedo verlo.

DIDIER, firmando

¡Nunca había firmado nada con tanta alegría!

(Los guardas forman semicírculo y se disponen á llevárselos.)

SAVERNY, á alguien, entre la muchedumbre

Amigo mío, ¿queréis colocaros de modo que dejéis ver á ese niño?

DIDIER, á SAVERNY

¡Hermano mío! Yo tengo la culpa de esto que os pasa; abracémonos.

(Se abrazan.)

MARIÓN, corriendo á él

Y á mí, ¿no me abrazáis? ¡Didier, bésame á mí!

DIDIER, señalando á SAVERNY

Él es mi amigo.

MARIÓN

¡Oh, qué duramente me tratáis á mí, pobre mujer que arrodillada sin cesar á los pies del juez ó á los del rey, pido á todos piedad para vos y á vos piedad para mí!

DIDIER, se precipita hacia MARIÓN, jadeante y sollozando

¡Pues bien, no! ¡No, mi corazón se rompe! ¡Esto es horrible! ¡No! ¡La he amado demasiado y no puede ser que nos separemos de este modo! ¡Ven! ¡Oh, ven á mis brazos!

(La estrecha convulsivamente entre sus brazos.)

Voy á morir. ¡Te amo! ¡Y decírtelo así es una delicia suprema!

MARIÓN

¡Didier!...

(Él la abraza de nuevo con transporte.)

DIDIER

¡Ven, pobre mujer! ¡Ah! Decidme, si hay uno sólo entre vosotros que, en tal momento, se negara á abrazar á la pobre infortunada que se le ha entregado sin cesar y por completo, ¿queréis que muera á su vista sin piedad y sin perdón? ¡Oh! Ven, que quiero hablarte. Entre todas las mujeres —y me aprobarán cuantas me escuchen—, la que amo, la que tiene mi fe, la que venero todavía eres tú; porque tú fuiste buena, dulce, amante y abnegada. Escúchame. Mi vida toca á su fin; voy á morir y la muerte hace que veamos las cosas en su verdadero aspecto. Sí; si me has engañado, ha sido por exceso de amor. Además... ¿No habías expiado tu caída? Tal vez tu madre te abandonó en la cuna como á mí. ¡Pobre niña! Joven todavía, debieron comerciar con tu inocencia... ¡Ah! ¡Levanta tu frente! Escuchad todos. Desde el dintel que atravieso, la tierra se disipa como una sombra y la boca es sincera. Pues bien, en este momento, desde lo alto del cadalso y cuando la inocencia muere en él, nada hay más alto, María, ángel del cielo que la tierra ha manchado, amor mío, esposa mía, ¡en el nombre de Dios, yo te perdono!

MARIÓN, llorando

¡Oh, cielos!

DIDIER, arrodillándose delante de ella

Y ahora, á tu vez, perdóname.

MARIÓN

¡Didier!...

DIDIER

¡Perdóname, te digo! Yo he sido el ingrato. Dios

te hiere y te aflige por mí. Pero tú te dignarás todavía llorar por mi muerte. Haber causado tu desdicha es mi único remordimiento. ¡No me dejes, María, perdóname!

MARIÓN

¡Ah!



DIDIER

Dime una palabra, coloca tus manos sobre mi cabeza, te lo ruego; si tu corazón está oprimido, si no puedes hablarme, dilo con una mirada... ¡Muero, es necesario consolarme!

(MARIÓN le coloca las manos sobre la cabeza. Él se levanta y la abraza estrechamente con una sonrisa de alegría celeste.)

¡Adiós! ¡Vamos, señores!

MARIÓN, interponiéndose entre él y los soldados

¡No, es una locura! ¡Si creen asesinarte fácilmente, olvidan que yo estoy aquí! ¡Señores, señores, li-

bertadnos! Decidme, ¿cómo es necesario hablaros? ¿De rodillas? Ya estoy. Y ahora, si todavía tenéis en el alma algo que se estremezca al ruego de una mujer, si Dios no os ha maldito á todos, ¡no me lo matéis!

(A los espectadores.)

Y vosotros pensad que esta noche, cuando volváis á entrar en vuestras casas, tendréis madres, tendréis hijas que os dirán: ¡Dios mío, ha sido una crueldad, vosotros podíais haberlo impedido y no lo hicisteis! ¡Didier! ¡Es necesario que yo os siga; tal vez no os matarán, si ven que á mí también me hieren!

DIDIER

No, déjame morir. Más vale así, María. Mi herida era profunda y habría tardado en cicatrizar. Vale más que muera. Pero si alguna vez—lloro al pedirte—otro que yo quisiera amarte, piensa en tu pobre amigo que dormirá en la fosa.

MARIÓN

¡No! ¡Tú vivirás por mí! ¿Son inflexibles acaso? ¡Tú vivirás!

DIDIER

No digas cosas imposibles. Acostúmbrate á la idea de mi muerte. Abrazame. ¿Ves? Muerto me amarás más todavía. Tendré un lugar sagrado en tu memoria... Pero vivir á tu lado con el alma ulcerada, con este dolor inmenso, hubiera sido horrible. Te habría hecho llorar, habría tenido pensamientos, que me habría callado, sobre tu pasada vida; te habría parecido que te espiaba, que dudaba siempre; te habría hecho sufrir, hubieras sido desgraciada. ¡Oh, déjame morir!

EL CONSEJERO, á MARIÓN

Dentro de un momento pasará el cardenal; todavía tenéis tiempo de pedirle gracia.

MARIÓN

¡Es cierto, el cardenal! ¡Vendrá el cardenal! Veréis como me oirá. ¡Didier mío, verás como le hablo! ¡Ah! ¿Cómo hemos podido creer que ese buen cardenal, un anciano venerable, un cristiano, no te perdona? ¿No me has perdonado tú?

(Dan las nueve. DIDIER hace signos que se callen á todos. Cuando acaba de sonar la última campanada, se apoya DIDIER en el hombro de SAVERNY.)

DIDIER, al pueblo

Vosotros, que habéis venido aquí para contemplar nuestro suplicio, sednos testigos, cuando se hable de nosotros, que ambos hemos escuchado sin palidecer esta hora que nos anuncia la eternidad.



(El cañón hace salvas á la puerta del torreón. Cae el velo negro que escondía la brecha del muro. Aparece la litera gigantesca del cardenal, llevada en hombros por veinticuatro guardas de á pie y rodeada por veinte más con alabardas y antorchas. La litera es de un rojo escarlata y ostenta las armas de la casa de Richelieu. Las

cortinas de la litera están corridas. Atraviesa lentamente por el fondo. Rumor en la muchedumbre.

MARIÓN, arrastrándose de rodillas hasta la litera y retorciéndose los brazos

En nombre de Cristo, en nombre de vuestra raza,
¡gracia! ¡Gracia para ambos, monseñor!

UNA VOZ, saliendo de la litera

¡No hay gracia!

(MARIÓN cae desplomada. La litera pasa, y el cortejo de los dos condenados se pone en marcha siguiéndola. La muchedumbre se precipita detrás.)

MARIÓN, sola. Se incorpora y se aguanta con las manos en el suelo para mirar en torno de ella

¿Qué ha dicho? ¿Dónde están? ¡Didier! ¡Didier!
Nada. No hay nadie aquí... ¿Y el pueblo?... ¿Era un
sueño ó estoy loca?

(Vuelve á entrar el pueblo en desorden. La litera reaparece en el fondo. MARIÓN se levanta y lanza un grito terrible.)

¡Vuelven!

LOS GUARDAS, abriendo camino

¡Plaza! ¡Plaza!

MARIÓN, en pie, desgreñada, mostrando al pueblo la litera

¡Mirad todos, miradle! ¡Abrid paso al verdugo!

(Vuelve á caer desplomada.)

NOTAS